

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 225.—SÁBADO 18 DE JUNIO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 60.

EL ZOO-MAGNETOSCOPIO.

Se ha pretendido explicar claramente el magnetismo animal ó la acción de un animal dotado de la atracción de la piedra imán, por medio de un aparato muy sencillo, al cual sin embargo se ha dado un nombre sonoro y retumbante. El efecto de este instrumento es real y verdadero; pero los charlatanes lo atribuyen á una causa misteriosa, que solo existe en sus acalorados cerebros.

Se mete una aguja de coser por la parte del ojo en un tapon de corcho, de manera que colocado este sobre una mesa, quede aquella perpendicular: se corta en seguida una tira de papel fino (se recomienda el de calcar) de un milímetro de ancho y cuatro centímetros de largo, se dobla por la mitad apretando bien el pliegue, se igualan bien las dos puntas con unas tijeras, se abre después la tira de modo que sus dos mitades formen casi un ángulo recto una sobre otra, y por último se pone cuidadosamente el papel sobre la aguja, de tal manera, que la punta de esta sostenga la tira por medio del pliegue. El aparato está ya concluido.

Para servirse de él se forma una especie de tubo con la mano, apoyando la punta del pulgar sobre la del dedo *medium*; se coloca la mano en la mesa, descansando sobre el dedo pequeño, á fin de que la aguja se encuentre casi en el eje del tubo formado por la concavidad de la mano, siendo indispensable que las dos puntas de la tira de papel puedan dar vueltas alrededor de la aguja sin que la mano llegue á tocarlas. Entonces se ve oscilar á la tira en diferentes direcciones, hasta que al fin adquiere un movimiento decisivo de rotación desde la punta del dedo *medium* al pulgar, desde el pulgar hasta el hueco de la mano, y desde este hueco hasta el dedo *medium*. Y no decimos que el papel da vueltas de derecha á izquierda porque se pueden tomar esas direcciones pasando por delante, por encima, por detrás y por debajo; de modo que la trase generalmente usada, dar vueltas de derecha á izquierda y vice-versa, no espresa realmente sentido alguno de rotación.

Cuando se cambia la mano, acontece lo mismo á dicho sentido, y la parte de la tira de papel que está hacia la mano durante la media vuelta, se dirige siempre desde el hueco de la misma hacia las puntas de los dedos. Los incautos esclaman que este fenómeno es obra del fluido, y sin mas exámen cierran los ojos y creen abiertamente lo mismo que propalan.

El hombre observador y curioso conoce desde luego que en este experimento no hay mas fluido que el aire, ni otro fenómeno vital mas que el calor de la mano, que establece una corriente semejante á la que se nota en una chimenea, en la cual se ha encendido fuego durante algun tiempo.

Desde luego podemos asegurar que, si en vez de hacer que se toquen las puntas del pulgar y del dedo *medium*, se separan, manteniendo únicamente cerca de la aguja la yema del primero, continuará el movimiento, lo cual prueba suficientemente que el contacto no es indispensable para la realización del fenómeno. Pero si se aplica al aparato una bomba de quinqué bastante ancha para que no toque á la tira de papel, mientras la bomba descansa sobre la mesa, por mas que se la cerque por una ó por muchas manos; y por mas esfuerzos que se hagan para magnetizar el papel y hacerle que adquiera las propiedades que obtendría de su contacto con la piedra imán, se perderá lastimosamente el tiempo, porque la tira permanecerá estacionaria y sin moverse, á menos que no llegue á impelerla alguna columna de aire. Si, por el contrario, se levanta un poco la bomba de cristal, de modo que el aire pueda introducirse por debajo, el calor de la mano establece una corriente, y como esta ha de subir rectamente, salvan aquellas agitacion irregular y esterior, el papel se balanceará con la misma irregularidad, pero no dará vueltas. Si la bomba, en vez de estar unida por dentro, tuviese un desahogo en forma de hélice, como un tornillo de Arquímedes, al cual se quitase el espigon, la corriente producida por el calentamiento se torcería al subir y haría dar vueltas á las alas del instrumento.

Examinando por consiguiente el tubo formado por la mano en la posición ya indicada, se ve que el interior de los dedos y la parte del hueco de la mano, comprendida entre el nacimiento de aquellos y el pliegue de la masa carnuda del pulgar, forman una parte de las paredes de la chimenea perpendicular con corta diferencia, en cuya dirección sube rectamente el aire condensado por el calor: por el contrario, desde dicho pliegue hasta la entrada de la chimenea, la masa carnuda (*músculos aductores*) del pulgar presenta un plano inclinado por el cual se desliza el aire caliente, subiendo oblicuamente hacia la base del índice, é impele hacia la de los demás dedos la parte de la tira de papel que se encuentra dentro del hueco. De aquí resulta el verdadero movimiento de rotación que antes hemos explicado.

Colocando la mano ahuecada, pero de modo que todos los dedos menos el índice toquen la mesa, se consigue, al cabo

Es por consiguiente un absurdo dar el nombre de *Zoo-magnetoscopio* al aparato cuya descripción y efectos nos han ocupado en estas líneas. Los aficionados á aplicar universalmente la acción magnética del fluido animal, los que juran bajo su palabra de honor que han visto bailar á las mesas y correr á los sombreros por una sala, los que están dispuestos á admitir la presencia de espíritus parlantes en cuerpos inanimados, anatematizarán las anteriores observaciones como hijas de la ignorancia, dirán que vivimos dos siglos mas atrasados que ellos, y nos argüirán con los adelantos de la ciencia y con el *E pur si muove* del célebre astrónomo italiano.

Nosotros no contestaremos á sus paparruchas; nos contentaremos con encojer los hombros y reirnos de los que así confunden la ciencia con el charlatanismo y los grandes descubrimientos con los delirios de sus exaltadas imaginaciones. Afortunadamente va pasando ya el furor de los experimentos

magnéticos: las extravagancias de la secta de los *espiritualistas* norte-americanos son insostenibles en la vieja Europa, que sacudió hace muchos años el yugo de la *varita de virtudes* y el de los horóscopos por medio del *espejo mágico*. Además, por mucho que nos ponderen la utilidad de la aplicación del magnetismo animal á cuerpos inanimados, nosotros no la comprendemos: si es cierta la rotación de las mesas y la de otros muebles por la acción de la cadena electro-magnética, hecho que confesamos ingenuamente no vemos comprobado, se habrá descubierto un fenómeno, se habrá contemplado una cosa rara, increíble y nunca vista; pero se habrán exagerado mucho al mismo tiempo los adelantos científicos con motivo del nuevo prodigio, porque no se conciben fácilmente los resultados que puede proporcionar á la ciencia el hecho de que una mesa empieza á dar vueltas en una sala, con tal que al efecto se reúnan contra su inmovilidad condiciones que no en todos casos y circunstancias pueden obtenerse.

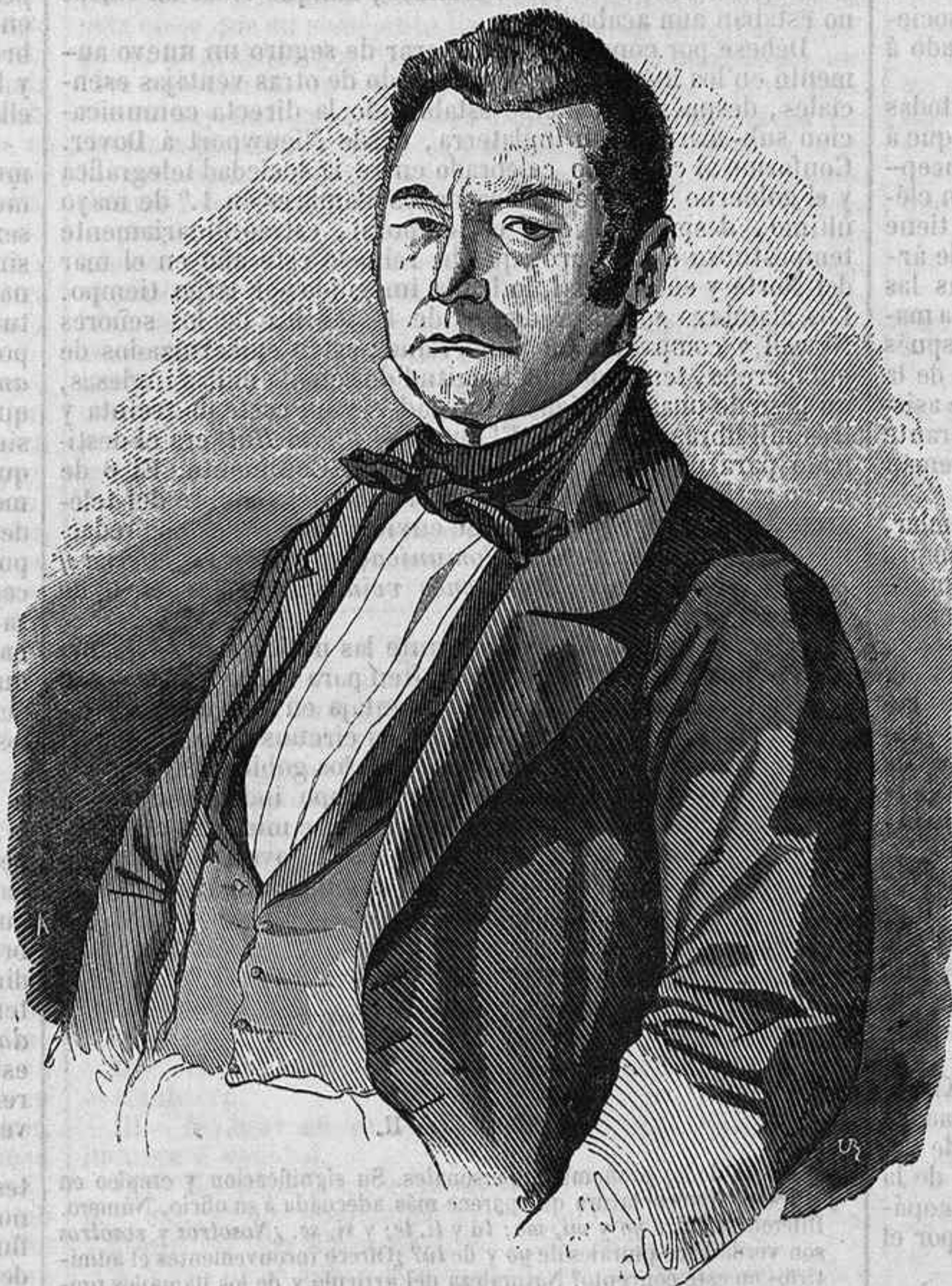
El magnetismo animal, sin traspasar los límites que la ciencia le ha señalado, es un auxilio poderoso para la misma; pero si se le convierte en maravilla, si se le hace agente de efectos sorprendentes, que pueden explicarse sin violencia por las leyes físicas de la naturaleza, solo sirve de ridículo alarde de un empirismo que tantos estragos ha hecho, profanando los sanos principios y pervirtiendo con sus inmundas paradojas las mas aceptables doctrinas.

LA COLONIA ALEMANA

DE LOS SEPARATISTAS EN ZOAR.

El County Tuscarawa en medio de Ohio en la América del Norte tiene tres cosas memorables: en Salem, pueblo de este distrito, nació en el año de 1781 el primer niño blanco en Ohio, en Gnadenhütten se halla la colonia mas antigua de hermosos moravos en el Oeste, y por último en Zoar viven los extraños partidarios de Bäumlér, cuya colonia socialista merece llamar la atención de todos los viajeros. Su historia es la siguiente:

En el año de 1817 abandonaron unos ciento cincuenta separatistas de Suabia su patria en Würtemberg para emigrar á América, donde no se les ponía trabas á sus creencias. En el mes de agosto desembarcaron en Filadelfia, donde en vista de ser gentes cuya riqueza apenas consistía en otra cosa que en su fuerza corporal y habilidad, se vieron precisados á ganarse su sustento con los trabajos mas humildes. Pero durante el viaje, un jóven habia adquirido su amor y confianza por la prudencia, sencillez y complacencia que le distinguian, y cuyo nombre era José M. Bäumlér. Primeramente habia sido éste tejedor, después maestro de escuela, y cuando ahora en América ocupó el lugar de un consejero y director de sus compañeros, desarrolló un talento extraordinario. Nombrado unánimemente presidente de la sociedad, compró en los bosques del Ohio entonces aun medio salvaje, á las márgenes de Tuscarawa, por una insignificante cantidad, un terreno de 5,500 fanegas de tierra, á donde se trasladó la sociedad en medio del invierno. Ignorantes del país, rodeados de desiertos, pobres y escasa-



D. José Maria de Orense, marqués de Albaida.

de cierto tiempo, que la tira dé vueltas en sentido contrario, esto es, desde el pulgar hasta el dedo *medium*, desde este hasta el hueco de la mano, y desde el hueco de la mano hasta el pulgar. El seguir al fenómeno y el asegurarlo por medio del tacto es empresa fácil, desde el momento en que el operador fija la dirección de las corrientes de aire cálido que suben obedeciendo al impulso de cada parte de la mano.

Por último, pudiera muy bien llamarse el instrumento que produce semejantes fenómenos naturales, ya que por fenómenos pasan los indicados, *chimenescopia*, *corrientescopia* etc., etc.; pero nunca debe decirse que posee las cualidades del iman, que sus efectos son magnéticos, pues su acción vital no presenta otro misterio que el del calor animal, fenómeno ciertamente maravilloso en sí mismo, pero que nada tiene de nuevo, supuesto que es conocido hace ya muchos años.

miente provistos con los instrumentos mas indispensables, tuvieron estos infelices que apurar el cáliz de la miseria hasta la hez, y quizás no hubieran podido sobrevivir á este invierno, si un americano compasivo no les hubiera suministrado algunas provisiones de víveres. Después de haber trabajado las familias cada uno por sí diez y ocho meses, y reconocido la imposibilidad de mantenerse de este modo en un país enteramente virgen, se les ocurrió la idea de si no era mejor unirse en una propiedad comun. Bäumler redactó una constitucion basada en principios verdaderamente democráticos, que fué admitida y que con muy pocas variaciones rige aun hoy. Con arreglo á este convenio forman una sociedad comunista, cuyos asuntos se dirigen por un encargado de negocios y tres familiares. Nómbranse estos empleados por mayoría de votos, en cuya votacion toman parte igualmente las mugeres. Los familiares sirven tres años, al cabo de los cuales sale uno de ellos y se nombra otro en su lugar. El uno está encargado del comercio y de los oficios, el otro de los edificios, y el tercero de la agricultura. Durante algunos años, luchó la colonia con obstáculos y dificultades, y aun en el año de 1835 sufrió una gran mortandad causada por el cólera que les arrebató unas cincuenta personas. Pero desde entonces ha llegado á una prosperidad muy grande. Se evalúa su propiedad comun en medio millon de dolars, poseen 9,000 fanegas de excelente tierra, un molino de aceite, otro de ser-rar y dos tahonas, dos batanes, una fábrica de paño, numerosos rebanos en excelente estado, y considerables cantidades en metálico, con que han comprado papel seguro de estado. El pueblo sin embargo no tiene un aspecto asaz bonito, y lleva demasiado el carácter de indispensable utilidad. Las venticinco casas de que se compone son durables y cómodas, muchas construidas de troncos de árboles y ninguna pintada. Los graneros y establos son de unas dimensiones extraordinarias y pintados de pardo rojo. Ni estos ni las habitaciones se hallan distribuidos con arreglo á un plan determinado. Hermosas plantaciones de árboles frutales y soberbios prados rodean el pueblo, en cuyos jardines bien cuidados se notan cedros cortados á manera de cilindros de 20 piés de altura. Zoar puede tener en la actualidad unos 250 habitantes.

El sonido de un cuerno llama así que amanece á todos al trabajo, el cual se hace de un modo sistemático, y para el cual con gran admiracion de los americanos se sirven aun de los útiles alemanes, que no son ni por mucho tan prácticos como los que se usan en aquel país, ayudándoles en ello con poca estrañeza de los Yankees sus mugeres ó hijas. Además de estas reminiscencias del uso y costumbre alemanes, han conservado aun el idioma y traje de la patria primitiva, y aunque no se les oyerá hablar, sin embargo se reconoceria al instante en ellos á los buenos suabos. Toda la comunidad tiene una panadería y un lavadero. Los niños que pasan de tres años se educan por mugeres escogidas al efecto en una especie de establecimiento de reclusion. Observan en todos sus asuntos la economía mas mínima, pues segun decia una vez el anciano y respetable Kreuzner, el patriarca de la sociedad, al recojer una manzana que un extranjero habia tirado á la calle, ¡ahorrando se hace uno rico!

Nos faltó ocasion de enterarnos completamente de todas las particularidades de su fé; lo único que sabemos es, que á imitacion de los judios no comen carne de cerdo y conceptúan superfluas la oracion y los sacramentos. No tienen clérigos, pues cada cual que se halla inspirado á predicar tiene el derecho para ello. Su iglesia, construida de troncos de árboles, se halla abierta á la devocion en el invierno todas las noches, y los domingos dos veces. El servicio divino de la mañana consiste en cánticos acompañados de un piano, después de lo cual uno de los asistentes lee y explica un párrafo de la Santa Escritura. Por la tarde hay un catequismo, al que asisten tambien las personas mayores. Hay escuela solo durante los meses de invierno, y se enseña en ella el idioma aleman junto con el inglés.

Deben su bienestar á la energía y prudencia de Bäumler, que siendo ya un venerable anciano constituye aun siempre el consejero y guia de toda la comunidad tanto en cosas mundanas como espirituales, y que además de la influencia sobre sus almas ejerce otro sobre su bienestar corporal por medio de sus conocimientos en la medicina. Anteriormente era activo hasta el exceso; pero ahora ha aflojado algo en sus trabajos, porque ya tienen todos mas de lo suficiente. A pesar del gran respeto que goza, no se nota en su conducta nada de aquel orgullo que mas fácilmente que cualquiera otra adquieren personas de instruccion inferior cuando sus capacidades ó las circunstancias las colocan á la cabeza de un círculo de hombres. Devuelve con todo corazon y alma el amor á sus hermanos, con quienes durante una generacion entera ha creado, sufrido y participado la alegría y las penas. Se acuerda rara vez de su patria, y no abraza ningun deseo de volver á ver el lugar donde estuvo la cuna de su niñez. *Las verdes colinas de este hermoso valle, dice, componen todo lo que me es caro en este mundo.*

El segundo en categoría después de Bäumler es el Kreuzner, que ya hemos mencionado, y que á mas de ser el posadero del pueblo, ejerce tambien con bastante suerte el oficio de veterinario. Lo hace en conformidad con los principios de la economía proclamados por él, pues sigue el sistema homeopático, habiendo adquirido una gran fama en la vecindad por el buen éxito de sus curaciones.

Los partidarios de Baumler son severos utilitarios, y hacen por consiguiente poco caso de los afanes espirituales. Componen un pueblo sencillo, cándido y natural, que no se interesa en lo mas mínimo por todo lo que está fuera del horizonte de su valle, y que no tiene la menor idea ni aun el menor presentimiento de las grandes cuestiones políticas y los problemas de la ciencia que maduran allí hácia su solucion. En cuanto á moralidad, merecen el mayor elogio. La embriaguez es una cosa que solo conocen en el nombre; y mientras existe el pueblo no ha habido ni un caso siquiera de nacimiento ilegítimo. Los jóvenes, á quienes no agrada esta rigidez de las costumbres, abandonan la colonia y no se les oprime tampoco ningun obstáculo para ello; al contrario, se les suministra un dote para el camino, á fin de que puedan fundarse un cómodo ajuar doméstico.

Así es que estas gentes pasan una vida de paz, dulzura y fiel observancia de sus deberes, y en su consecuencia tambien aprenden á conocer muy pocas de las plagas y males que

nacen de nuestras relaciones menos sencillas y puras, y el que no tenga afan por los placeres sublimes del alma puede, de seguro, hallar su felicidad en medio de aquella gente.

INVENCION.

La imprenta imperial de estado en Viena se halla desde algun tiempo muy frecuentada por el público elegante, á fin de contemplar las maravillas de una invencion, que ha recibido el nombre romántico de «impresion natural.» Por deseos de los inventores, el consejero Auer y el factor Worring, y con consentimiento del emperador, ha sido permitido hacer un uso libre y gratuito de esta invencion, y abierta al público la imprenta del estado. El procedimiento es el siguiente: se coloca el original, sea planta, insecto, tela ó tejido entre una plancha de acero y otra de plomo, haciendo pasar á estas por entre dos cilindros muy estrechamente unidos. A consecuencia de esta presion deja el original su imágen con todas sus mas pequeñas minuciosidades sobre la plancha de plomo. Si ahora se da á esta plancha impr-sa los colores como en un grabado de cobre, entonces se obtiene por medio de la repetida impresion de la plancha el ejemplar completo del objeto con sus diferentes colores. En vista de que la plancha de plomo no permite, á causa de su blandura, una gran multiplicacion de sus impresos, se la estereotipa y galvaniza y hace en seguida las impresiones con la plancha estereotípica y galvanizada. En un objeto que no resiste la presion se unta el original en gutapercha disuelta, se le envuelve en una solucion de plata, y se aprovecha después el molde sacado de gutapercha como matriz de la multiplicacion galvánica.

GRADO SUPERIOR DE CALÓRICO PARA FUNDIR.—Mr. Deville, en París, ha logrado, por medio de fuelles y copelas de cal mezclada con alga de sílice, fundir y evaporizar la platina y poner en fusion al sílice puro. Ha presentado pruebas de ello á la Academia de París.

En la fundicion real de bronce de Munich se llevó felizmente á cabo, bajo la direccion del excelente maestro Miller, una bien acabada fundicion doble de dos estatuas, á saber: una nueva de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, para Gothenburgo (es sabido que la primera fué á pique cerca de Helgoland), y la del americano Enrique Clay. Ambas estatuas fueron fundidas á la vez, y este acto ofreció un espectáculo verdaderamente magnífico.

EL TELEGRAFO SUB-MARINO ENTRE INGLATERRA Y BÉLGICA.—No existe en Bélgica ninguna empresa pública que dé tan brillantes resultados pecuniarios como el establecimiento de los telegrafos. La construccion de todas las líneas ha costado millones; en el primer presupuesto del gobierno se habia calculado en 50,000 francos anuales la ganancia, y en el año de 1852, el segundo desde su creacion, habia producido el telegrafo mas de 170,000 francos, aunque todas las líneas no estaban aun acabadas.

Débase por consiguiente esperar de seguro un nuevo aumento en los ingresos, prescindiendo de otras ventajas esenciales, después de haberse establecido la directa comunicacion sub-marina con Inglaterra, desde Nieuwport á Dover. Conforme al convenio celebrado entre la sociedad telegráfica y el gobierno belga se colocaron los alambres en 1.º de mayo último, después de que el temporal, extraordinariamente tempestuoso é inseguro, que ha reinado este año en el mar del Norte y en el Canal, lo habia impedido por largo tiempo. Los alambres son procedentes de la fábrica de los señores Newall y compañía, en Sunderland; estan embarnizados de gutapercha, teniendo una longitud de setenta millas inglesas, un peso de unas quinientas toneladas, y un coste de treinta y tres mil libras esterlinas. El buque *William Hutt* era el destinado para unir á la Inglaterra con el Continente. El 6 de mayo arribó á Middlekerke con el cabo del alambre del telegrafo, y el primer parte que se envió á Londres estaba redactado del modo siguiente: *Comunicacion entre Inglaterra y Bélgica, la una del dia menos veinte minutos del 6 de mayo de 1853.*

El saber que de aquí en adelante las noticias de Alemania y de la Europa Oriental no necesiten para llegar á Inglaterra hacer el rodeo de Calais, es una ventaja en mas de un concepto, en particular con respecto á la circunstancia de que el convenio celebrado deja á cada uno de los gobiernos interesados la libertad de suspender por tiempo indeterminado la expedicion de los despachos, de suerte que mientras no habia mas que la línea telegráfica de Calais á Dover, dependia de Francia si ó no podia la Inglaterra comunicarse con el Continente por medio del telegrafo.

DE LOS PRONOMBRES.

ARTÍCULO II.

Naturaleza de los pronombres personales. Su significacion y empleo en la frase. Nomenclatura que parece más adecuada á su oficio. Número. Diferencia entre *yo* y *mi*, *me*; *tú* y *ti*, *te*; y *si*, *se*. *Nosotros* y *vosotros* son verdaderos plurales de *yo* y de *tú*? Ofrece inconvenientes el admitirlos en este concepto? Naturaleza del artículo y de los llamados pronombres demostrativos, posesivos, etc. Su verdadero nombre. Division de las partes del discurso más conforme á la doctrina anterior.

Nos toca construir de nuevo, aunque bajo diferente forma, cuanto echamos por tierra en el artículo anterior. Ojalá podamos hacerlo satisfactoriamente y de modo que seamos comprendidos de nuestros lectores en una cuestion tan metafísica, quizá más que ninguna otra de la gramática.

Ya tenemos que los pronombres y los artículos estan mal definidos: tambien hemos visto, ó al menos puede inferirse de lo dicho, que los llamados personales se diferencian mucho de los demás, y que todos no es posible que vayan debajo de una misma denominacion.

Desde los primeros ensayos de gramática general se vieron los pronombres heridos de muerte: al principio segregáronse los posesivos; después quedaron únicamente los personales: puede decirse que hoy este es el verdadero estado de la cuestion, y vamos á tomarla aquí. Consideran los gramáti-

cos como pronombres personales las palabras *yo*, *tú* y *de* etc. Algunos añaden *él*; pero este hemos demostrado ya que no lo es. ¿Pueden llamarse adjetivos propiamente estas partículas? *aquel*, *mío*, etc.; ni intrínseca, como *bueno*, como *este*, *ese*. Tampoco serán verbos, porque en *yo* y *tú* no hay verdadera expresion de movimiento. Menos adverbios, ni preposiciones, ni conjunciones, porque ni manifiestan la cualidad de la accion, ni la situacion ó enlace de la sustancia. ¿Serán acaso nombres? Veámoslo: nombre es la palabra que designa el conjunto de accidentes comunes de los objetos reales ó morales de una misma naturaleza, como: *casa* una habitacion del conjunto de accidentes comunes de los objetos reales ó morales de una misma naturaleza; *bondad* un conjunto de circunstancias que señalan esa creacion moral de nuestro espíritu. *Yo* no es la reunion de cualidades mias, porque esta ó se nombra con la voz genérica *hombre*, ó con la propia de *Francisco*, y la primera de dichas voces puede aplicarse igualmente á *tú*, que tendrá su denominacion especial con que se le distinga. En *Yo* no hay expresion de género, especie, sexo, ó creacion del espíritu; en *tú* sucede otro tanto, y al contrario de lo que se verifica con las demás palabras, señalan ideas concretas; *yo* no puede ser otro que mi persona; *tú* no puede ser aquella ni la mia. Y si hemos dicho que la idea concreta viene con la union de las palabras y aquí una sola lo es, tendremos que inferir, ó que lo establecido entonces no era exacto, ó que hay en estas partículas algo más de un significado: creo que lo último. *Yo*, al enunciarse, manifiesta que existo y doy razon de ello: hay en esta palabra vida y no es verbo; pero yo soy una sustancia cuyos accidentes no digo, y por eso no es nombre; indico mi situacion respecto de la persona á quien hablo, mi enlace con ella, el modo con que ejecuto mi accion; pero todo encerrado en mí, que no puede aplicarse á otro; por eso no es adjetivo, ni preposicion, ni conjuncion, ni adverbio. En *tú* tenemos otro tanto; dá á conocer que hay otra sustancia en relacion con la mia, el modo con que yo me pongo en contacto con ella. ¿Por qué pues esta singularísima naturaleza? Porque en sí no determinan sustancia ni cualidad, sino la personalidad del que habla ó á quien se habla. Tal racionio nos lleva á suponer que estas voces fuéron las primeras en el lenguaje; que su origen es anterior al de las demás: induccion que cobra fuerza, observando que en casi todos los idiomas son monosílabos ó bisílabos, únicas que consideran los filólogos como raíces de lengua; *yo*, *tu*, *ich*, *io*, *ego*, *εγω*, *tu*, *thou*, etc. Y efectivamente antes de que nos llamen la atencion los objetos exteriores, ¿no somos nosotros? ¿no nos hemos sentido? *Yo* quiere decir que soy, *tú* que aquel ser nos ha herido por su semejanza con el nuestro, que es como yo. Pero como primera emision de la palabra, no manifiesta cosas conocidas ya, cuya naturaleza, color, estension y forma sabemos, sino la impresion actual y la sensacion inmediata que en nosotros causa: son á modo de nombres adverbiales. ¿Qué denominacion les daremos? La de *personas* parece mas justa. Estas voces son lo que la cabeza en el individuo, que sin constituir ella sola la vida del hombre, reúne las funciones de todas las demás partes del cuerpo y las dirige á su voluntad, haciendo que marchen unidas á ella y por su impulso para estar en movimiento.

Analicemos sobre el terreno práctico esta teoría, que á muchos parecerá estraña. *Yo ando*, quiere decir que soy y me muevo; el *yo* no denota mi género, ni mi especie, ni mi sexo, en lo que se diferencia muy notablemente del nombre, sino que mi personalidad está en accion: *tú andas*, la personalidad tuya está en movimiento; pero no doy á conocer ni tu sexo, ni tu especie; es á manera de una oracion vocativa, porque me dirijo á la persona que ejecuta la accion: *Antonio anda*, *el caballo anda*, *él anda*; aquí no hay persona, puesto que ni enuncio mi accion, ni la del sujeto á quien me dirijo, sino la de otro ser ó cosa que no está en relacion conmigo, que no está presente, y que por eso no tiene en aquel momento personalidad propiamente dicha. Además, *yo* no puedo decirlo sino de mí, *tú* de otro individuo como yo, á quien pueda hablar, al paso que *él* lo mismo se refiere á un ser capaz de personalidad como á un objeto inanimado. La primera frase es una enunciacion positiva del hecho sentido internamente; la segunda la de una accion que veo en el sujeto con quien estoy en relacion; la tercera una accion referida: podemos decir que son como los grados de certeza definidos por los lógicos, y que *yo ando* es la certeza metafísica, *tú andas* la certeza física y *Antonio anda*, *él anda*, la moral.

Sentado esto, y conocida á mi entender suficientemente la naturaleza de esta parte de la oracion, veamos cuántas personas hay. En todo discurso siempre habla el *yo*, la personalidad mia; pero *yo* puedo hablar de mí y decir mi accion, y cuando lo ejecuto, tengo la primera persona, esto es, la palabra que expresa la personalidad del sujeto que habla; puedo dirigirme á otro ser presente y manifestar su movimiento, y tendré la segunda persona, palabra que designa la personalidad del sujeto á quien hablo; y puedo últimamente referir á esta la accion de otro ser ó cosa, y aquí no habrá persona, sino relacion: luego las personas son dos, *yo* y *tú*. Por esto en los verbos hay tres terminaciones, dos *personales* y una *sujetiva*.

Desentrañemos más la doctrina para conocer los accidentes gramaticales de estas voces. Cuando se ejecuta una accion nosotros somos ó agentes de ella ó estamos debajo de su influencia; somos sujetos ú objetos. Las lenguas que tienen declinacion señalan esta diferencia por los casos rectos y oblicuos; las demás unas veces por preposiciones, otras por el sentido de la frase. En esta situacion podemos hallarnos, ya seamos considerados como nombres ó cosas, ya como personas; en su consecuencia unos y otras tendrán los mismos accidentes: si en la lengua hay declinacion, se declinarán estas; si no la hay, no la tendrán.

Pero veamos en qué consiste el caso recto y el caso oblicuo, el sujeto y objeto de la oracion para seguir adelante. Y hagámoslo con un ejemplo para que sea más fácil: *Pedro estima á Felipe* y *Felipe estima á Pedro*. En la primera posicion yo soy el que hablo, pero Pedro es el sujeto que ejecuta, y Felipe el objeto de la accion; en la segunda cambian los oficios, pero yo soy siempre el narrador que refiere lo que hace otro. *Yo estimo á Juan* y *Juan me estima*. En el primer caso yo soy la persona que habla y ejecuta; en el segundo soy igualmente el que habla, pero soy el objeto sobre quien recae la estima y en mí concluye la accion. *Yo me canso*, *tú te confundes*, *Juan se obstina*. Tres oraciones en

las que la accion no sale del sujeto, pero donde vemos una particular nueva: las tres son reflexivas, ú oraciones en las que el sujeto es objeto á la vez. Respecto al primero y segundo ejemplo nada se nos ofreceria que esponer, porque ya conocemos esas palabras, y suponiendo que *me* y *te* son casos de *yo* y *tú* solo las vemos repetidas; pero respecto del tercer ejemplo notamos que se no es caso de Juan, sino palabra distinta que da á conocer que vuelve á él la accion; nace entonses la personalidad. Tendremos, pues, que las personas son dos simples, *yo* y *tú*, y tres reflexivas, *de mí*, *de tí* y *de sí*. Yo que espresa no solo que hablo, sino que ejecuto; *de mí* en que yo, aun cuando hablo, no ejecuto sino que soy objeto; *tú*, que indica que estás en accion; *de tí* que eres objeto; *de sí*, que vuelve la accion al que ejecuta la referida. De aquí nace que estas palabras sean tan irregulares en las lenguas de declinacion, porque sin duda al formarse los idiomas fueron palabras distintas (y lo son en efecto), que después por la analogía de significado de *yo* y *de mí*, *tú* y *de tí*, vinieron á ser las segundas como casos de las primeras, indicando no solo la reflexion sino la objetividad. Por esto, y corroborando nuestra idea de que no hay tercera persona, con este tercer reflexivo compone nuestra lengua la forma impersonal de los verbos: y por eso tambien el que en los idiomas que no admiten declinacion la tengan, aunque solo aparente, las personas.

¿Pero estas tendrán plural? Filosóficamente hablando, no: porque *yo* no puedo ser muchos, ni *tú* tampoco. Pero como quiera que el hombre en la vida social ensancha la esfera de su accion, y no se limita ni á obrar para sí, ni á pensar para uno solo, y á ese solo dirigir sus investigaciones; antes al contrario es un átomo ante la personalidad moral de su familia, su nacion y su raza,—de aquí que unos verdaderos adjetivos numerales indeterminados (que no son otra cosa nosotros y vosotros) los haya hecho como plurales de *yo* y *de tí*; y no tenemos inconveniente en admitirlos en este concepto, cuando tan grande es su analogía con ellos, como que manifiestan la personalidad colectiva que habla ó á quien se habla, y cuando tienen en el verbo especiales desinencias con que concuerden.

Pasemos á otro punto tan importante como el anterior, pero menos metafísico, donde podremos expresarnos con alguna más claridad. Hablamos de la naturaleza de los llamados artículos y pronombres demostrativos, posesivos, etc. Volvamos para ello al nombre: hemos dicho que esta palabra designa un objeto en su conjunto; de existencia real, moral ó metafísica. Busquemos uno de la primera clase, y sea el fundamento de nuestras indagaciones: creo que con los ejemplos materiales se comprende mejor la idea, y así no estrañarán nuestros lectores que apelemos siempre á ellos. Sea en esta ocasion *templo* la palabra escogida: llamamos así á un objeto de determinada forma, materia y uso que concebimos genéricamente, pero tan enlazadas las cualidades que forman su esencia, que si falta alguna deja de ser lo que antes: cámbiese su uso y será otra cosa; altérese su forma, desnaturálese su todo, y variará el objeto. Pero ese templo pertenece á una especie de arquitectura determinada, es *gótico*; no hay duda en que esto no es esencial, sino una cualidad que fija más la idea genérica reduciéndola á un grupo dado que excluye el greco-romano, el bizantino etc.; es *grande*, cualidad que aparta los de reducidas proporciones; pero es el *templo católico*, donde vemos que además de ser de nuestra creencia, porque así lo muestra el adjetivo católico, la palabra *el* nos dá á entender la exclusion de los templos de otras confesiones; otra cualidad más sobre las ya dichas, y á diferencia de si dijéramos un *templo católico* que nos daría á conocer indeterminadamente uno entre los muchos de esta clase. Pero el *templo católico* de que hablamos es *este templo*; ya no podemos fijarnos en otro sino en *este*, cualidad que espresa su lugar; pero este *templo* es *tuyo* y califico su propiedad: á *este templo*, que Isabel la Católica mandó construir, tienen mucha devocion: el que es otra cualidad que nos va á poner en relacion con otra idea, porque la principal es el *templo tenido en devocion* y el que enlaza este pensamiento dominante con el accesorio que Isabel la Católica mandó construir. No se habla ya de un templo, sino de *tres*, de *cuatro*, otra cualidad más de la sustancia, que es múltiple, que tiene cantidad. De ellos escojo el primero con lo cual manifiesta el accidente de su colocacion. En este conjunto vemos que la única verdadera sustancia ú objeto es el templo; lo demás son cualidades que le he ido agregando para definirlo y explicarlo. Tómense por sí solas, y se verá que ninguna de ellas significa un ente real, ni moral, sino circunstancias y cualidades. ¿Por qué no han de llamarse todos adjetivos? Creo que hay sobrada razon para ello.

Pero vamos más allá. No hay duda en que *gótico*, *grande* y *católico* son circunstancias tan unidas al templo que hemos descrito, que no pueden ser de otro, y nos señalan su forma y su uso, al paso que ser *él*, *este*, *tuyo*, el que construyó Isabel la Católica, solo determinan su lugar, su relacion ó su orden, esto es, que aquellos adjetivos calificaban la cosa en sí, internamente, al paso que estos solo decian su situacion, sus cualidades exteriores y fuera del objeto, que no forman parte de él. Por eso podemos dividirlos en *adjetivos de cualidad* y *adjetivos tópicos*, *fijativos* ó de situacion. Lo mismo que antes tenemos espuesto, unos que espresan las cualidades intrínsecas, otros las extrínsecas: en estos últimos estan comprendidos los artículos.

Claramente se entenderá ahora por qué rechacé las divisiones de los gramáticos, y dije que creia se habian confundido bajo una misma denominacion palabras de naturaleza diferente, y á esto debo añadir ahora, que en otras no habian incluido todas las que eran de índole semejante.

Muy fácil será ya señalar las partes del discurso, y no dudo en que puedan reducirse á las siguientes: *Personas*, *nombre adjetivo*, *verbo*, *adverbio*, *preposicion* y *conjuncion*. Siete en vez de las diez que muchos establecen; algo se gana en economía de divisiones.

Aunque me parece expuesta mi opinion con alguna claridad, no dejaré sin embargo la pluma todavía respecto de los pronombres, sin hacerme cargo mas por menor de los que he llamado adjetivos *fijativos* ó *tópicos*, y de estudiar un poco su estructura, dividiéndolos convenientemente. Pero semejante tarea no cabe ya aquí sin cansar á mis lectores. Harémos alto por hoy; y otro dia, si tienen paciencia para seguir-

me, los analizaremos detenidamente, y diré algo de la cuestion tan debatida de los casos oblicuos de *él*, *ella*, *ello*, y de algunas otras que se ofrecen en esta materia.

Madrid 4 de Junio de 1853.

F. DE PAULA SEJAS.

El señor D. José María Orense, marqués de Albaida, ha empezado á publicar en Bruselas una obra política con el título de *Historia del partido liberal de España*. Hasta ahora solo ha visto la luz la primera entrega, que servirá de introduccion al li-bro. En ella da una idea general de los acontecimientos de España en la primera mitad del siglo XIX, y conocidas las ideas políticas y económicas del escritor, no necesitamos decir el espíritu que se refleja en todas sus páginas. Para las sucesivas promete entrar en mas detalles sobre dichos sucesos y sobre los hombres que figuraron en ellos.

CORRIDAS DE TRINEOS EN FILADELFIA.

Aunque suele nevar algunas veces en Filadelfia, sin embargo rara vez sucede que el tiempo de nieves dure tanto que pase los límites de un invierno regular. Por eso el público procura sacar el partido posible de este don del cielo. Dificilmente se deseará una corrida de trineos con mas ardor en Rusia que aquí: así que el cielo amenaza enviar una considerable porcion de nieve, se recojen los carruajes y carros en las cocheras, para dar lugar á los trineos, largo tiempo olvidados, siendo sumamente grande el júbilo con que luego se celebra una de estas corridas. Entonces el que tiene tiempo y dinero se pasea en trineos. No se da grande importancia á la elegancia ó riqueza de los mismos; pero sí mucha á la velocidad con que recorren las calles arriba y abajo. Un caballero coloca á su dama al lado en un trineo, que por lo regular no tiene un aspecto diferente del trineo de un aldeano alemán, y en una tarde recorre diez veces las calles de la ciudad, pasando por todas las tiendas y ventanas, que de algun modo puedan interesar á él ó á ella, y ladeando con indecible habilidad y frecuencia su trineo, y vuelve á su casa ya tarde muy contento por este delicioso placer, que probablemente llamaría de otro modo su fatigado y sudoso caballo.

Tambien para la diversion de los que no pueden tener un carruaje propio, hay innumerables omnibus que cruzan la ciudad en todas direcciones. Naturalmente los coches-omnibus tienen que colocarse sobre trineos, y seguramente no pueden presentarse como modelos de belleza; pero la corta duracion de sus viajes disculpa en algun modo su desagradable aspecto.

Lo que mas llama la atencion del público aficionado á las partidas de trineos, son los grandes y originales carruajes de esta clase que en semejante tiempo recorren las calles principales. El grabado que damos en este número da al lector una idea aproximada de ellos. Sobre dos pequeños trineos inferiores hay una gran caja con bancos á los lados, fuera por detrás la escalera de entrada, y alrededor una gran tabla sobre la que saltan con frecuencia los aficionados en los momentos de mas velocidad en la carrera. La parte delantera del trineo es propiamente la obra maestra, el salon, y sobre su tejado hay además un sitio descubierta, adonde por ambos lados sube el público por una estrecha escala. Arriba se divierten tambien viendo al cochero que dirige un tiro de seis fogosos y adornados caballos y á otro hombre que con un gigantesco látigo los escita continuamente á la carrera. Desde luego se comprende que el salon es la parte mas elegante del trineo, y por lo tanto se halla ostentosamente tapizada y provista de grandes y ondulantes cortinas. Treinta ó cuarenta personas de diversos sexos y estados se divierten de este modo la mitad del dia corriendo de un extremo á otro de la ciudad, para de allí volver á empezar de nuevo.

Quákaros.

Segun ellos, su religion existe desde Jesucristo, que dicen fué el primer quákaro, y estuvo oculta desde entonces en el corazon de algunos fieles hasta el año de 1542, en que Jorge Fox, primer inventor de esta secta, comenzó á predicarla en Inglaterra, sin que le impidiese el hacerlo la prision, los azotes y otros castigos. Tuvo muchos prosélitos, que fueron perseguidos en tiempo de Cromwel y de Carlos II.

Los principales artículos de la religion de los quákaros consisten:

- I. No dar á los hombres ningun tratamiento de honor ó distincion, como esclencia, señoría, majestad, etc., ni hacerles ningun cumplimiento que huela á lisonja.
- II. No arrodillarse delante de ningun hombre, ni quitarse el sombrero.
- III. No usar en el traje de ninguna cosa supérflua que induzca á vanidad.
- IV. No jugar, cazar ni asistir á los teatros, diversiones, etc., lo que segun ellos no conviene al silencio, gravedad y prudencia que deben tener los cristianos.
- V. No jurar sobre el evangelio, no solamente en vano y en la conversacion, sino aun delante de los magistrados, pues un quákaro para ser creído no debe responder mas que *sí* ó *no*.
- VI. Ultimamente, no hacer resistencia á los que los acometan, no ir á la guerra, ni pelear con nadie por ningun motivo.

Sin embargo, desde Jacobo II son menos numerosos los quákaros; sus mugeres usan ya telas de seda, y sus hijos pretenden empleos, y muchos se han hecho protestantes para obtenerlos.

Domiciano.

Domiciano, emperador romano, hijo de Vespasiano, nació el año 51 de Jesucristo, y murió asesinado el 18 de setiembre de 96. á los cuarenta y cinco años de su edad.

Este príncipe incapaz de ninguna aplicacion, pasaba las horas enteras cazando moscas en su gabinete, por lo que ha-

biéndosele preguntado á uno de sus criados si habia alguien con el emperador, respondió con chiste: «ni siquiera una mosca.»

Despreciaba tanto al senado, que le mandó juntar un dia para que decidiese cómo se habia de cocer un gran rodaballo que le habian regalado, y se dice que un senador viejo que era ciego, no hacia mas que alabar la hermosura del pescado que tenia detrás.

RICO Y POBRE.

(Conclusion.)

Luisa hizo un movimiento.

—Espera; no te impacientes, y procura conservar la mayor tranquilidad para comprenderme. Repito que tarde ó temprano nos veremos obligados á renunciar á nuestros goces, porque es imposible que nos sustraigamos eternamente á las exigencias y á las necesidades de la vida. El matrimonio es el objeto definitivo de nuestra existencia, y aun cuando nos empeñemos en negarnos á las ventajas que proporciona la familia y á una posicion fija, las circunstancias son siempre mas poderosas que nuestra voluntad. El corazon tiene que confesar esto á la razon. Ahora bien, si no puede unirnos un lazo legítimo, debemos separarnos necesariamente algun dia; por consiguiente, la cuestion está reducida á saber si no es mejor prevenir una necesidad fatal que esperarla á cada momento. Ya has advertido que estas relaciones solo son para nosotros un manantial fecundo de cuidados y de sufrimientos: esto sin duda es un aviso del cielo, para hacernos entender que cuando el amor no nos proporciona la felicidad, se acerca indudablemente á su fin. ¿Y por qué hemos de prolongar tan cruel agonía? Es preciso que tengas prudencia, Luisa, y que de amantes pasemos á ser amigos. Nunca olvidaré, te lo juro, las horas felices que he pasado junto á tí, y siempre tendrás en mí un hermano tan tierno como apasionado: créceme pues, que no debemos esperar por mas tiempo una ruptura; sepáremonos sin enfado, ahora que todavía nos amamos.

Espresándose así Boissard estrechaba suavemente las manos de la jóven, como para escitarla á contestar, pues guardaba profundo silencio. Todo lo habia escuchado en un silencio que tenia visos de parecerse á la mas perfecta calma. Sus ojos únicamente habian adquirido una espresion distraida; temblaba todo su cuerpo, y respiraba con indecible trabajo. No bien hubo concluido de hablar Arturo, cuando la infeliz cerró los ojos, estendió las manos hácia adelante, como si viese un abismo, y se dejó caer de rodillas, lanzando un sordo gemido.

Boissard, enteramente trastornado, se inclinó para sostenerla, y la dijo con cariño:

—Luisa, tranquilízate por el cielo.

Pero los sollozos ahogaban á la jóven, hasta que por fin un torrente de lágrimas acudió á aliviar su oprimido pecho. Entonces elevó los ojos y las manos al cielo con un sentimiento indecible de desesperacion.

—No me engañaba yo, murmuró entre dientes; es cierto que no me ama; que ama á otra.

Arturo juzgó que, una vez dado el primer golpe, no debia retroceder.

—Pues bien, respondió con acento afectuoso, aunque firme: supuesto que crees lo que acabas de decir, ya conoces que debemos separarnos.

—¿Con que es positivo? exclamó Luisa mirándole de hito en hito.

Arturo bajó la vista.

—¡Dios mio! ¡Con que ama á otra! ¡Y se atreve á decirme!

Y añádiendo poco despues, golpeándose la frente con las manos:

—Sí, sí, morir; esto será mejor, porque así padeceré menos tiempo.

Corrió hácia el balcon, y Boisard solo tuvo tiempo para sujetarla por el brazo.

—¡Luisa! gritó asustado, ¡estas loca!

La jóven volvió hácia él su rostro trastornado y le contestó con una dulzura desgarradora:

—Tienes razon; es preciso que no sea aquí, porque si me matase en tu casa, se hablaría mucho en la ciudad y ella no querría tal vez casarse contigo.

—¡Luisa! Vuelve en tí; escúchame.

—¡Escúchame! ¿Para qué? ¿No has dicho que quieres dejarme? ¿Necesito por ventura saber mas? Quieres abandonarme.... ¿Y qué va á ser de mí en tal caso? Necesito tu amor, porque yo no tengo mas que tu amor en el mundo. ¡Ah! Mucho amas á esa muger.... pero ¿por qué la amas tanto? ¿Porque es elegante y rica? ¿Porque es una señorita? ¡Oh Dios mio! Yo debí haber nacido de noble familia para agradarte.

Sin embargo, esa muger no te necesita como yo. ¿Por qué pues me abandonas por ella? He sido la primera en amarte; te amo mas que ella y mas que lo que te amará, por grande que sea su locura por tí. ¿Qué derechos tiene á tu cariño? ¿Qué es lo que pretendes?

—¡Luisa!

—¡Ah! Yo la buscaré, prosiguió la jóven fuera de sí; yo la buscaré....

—No lo harás, exclamó Arturo con espanto.

—Lo haré. ¿Por qué he de compadecerme de ella, cuando nadie se compadece de mí? Iré á buscarla y le diré todo; sabrá lo mucho que padezco; me arrojaré á sus pies, y si no quiere renunciar á tu amor, me mataré en su presencia.

Boissard se puso pálido de cólera y de furor, y repitió:

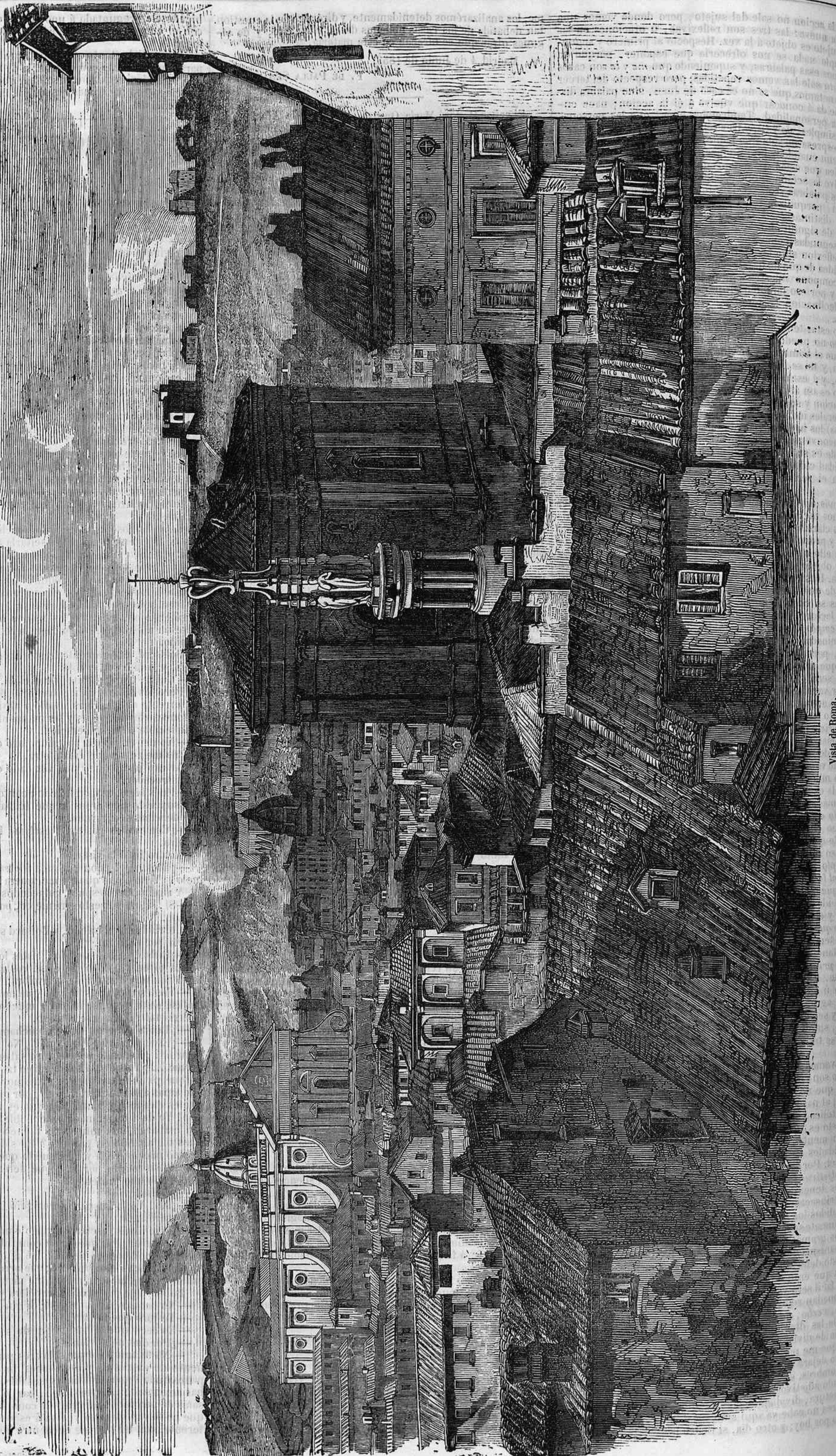
—No harás semejante cosa; di que no lo harás.

—Te juro que lo haré.

—Es decir que te has propuesto ser mi ángel malo.

—¿Por qué no me amas?

—No te amo, porque solo eres para mi una caus apermanente de disgustos y de pesares; he tratado de hacer menos penosa una separacion indispensable, y no lo has querido. Me has amenazado.... pues bien, haz lo que te acomode; acúsame de una debilidad que hoy constituye mi vergüenza; pero que no te vea mas, ni vuelva á escucharte; todo me es indiferente, con tal que me encuentre libre de tu presencia.



Vieta de Roma.

caja
dine
reto
la p

lado
febr
no e
We
el ic
bra
mi
que
hab
reco
neg
pod
bia

era
var
el t
ase
pre
que
dán

ta,
él la
tent
y al
van

Luisa se quedó como herida por un rayo. Pálida, descajada y con la vista fija, permaneció un instante aturdida: dirigiendo después á Arturo una mirada, arrojó un grito, se retorció las manos cual si estuviese demente, y corrió hácia la puerta de salida exclamando:
—Adios, Arturo!

XI.

Antonio entre tanto suspiraba en Alemania por volver al lado de su adorada Luisa, y esperando con una impaciencia febril tan anhelado momento. El nuevo país en que se hallaba no era el que había soñado cuando traducía á su amada el *Werther*, el *Conde de Egmont* y los *Cuadros de Familia*, ni el idioma de los que le rodeaban era el que estaba acostumbrado á oír á los héroes de Goethe y de Schiller. Su pensamiento estaba en Rennes y se exasperaba de día en día, por tanto que había visto al banquero de Francfort y aun había hablado con él acerca del asunto que se le había confiado por recomendación de su amigo Randel, temía la lentitud en los negocios, tan propia del carácter alemán, figurándose que no podría estar de vuelta en su patria tan pronto como se lo había figurado.

Por otra parte había conocido desde luego que el banquero era hombre leal y de buena fé, y que con perseverancia llevaría á cabo, por su medio, una esplicacion ventajosa para el nuevo propietario de las orillas del Rin: esto era tanto como asegurar su propia fortuna, y por consiguiente no debía despreciar la favorable ocasion que le deparaba la suerte para que pudiese tender una mano protectora á la pobre huérfana, dándole el nombre de esposa suya.

Una sola carta había recibido de la jóven, carta fria y corta, en contestacion á las muchas apasionadas y estensas que él la había dirigido; y sin embargo creyó volverse loco de contento al leer aquellas líneas trazadas por una mano indiferente y al aplicarlas con fervor á sus labios. Pero no tardó en desvanecerse el encanto, y Antonio comprendió al fin que no era



Luisa.

amado: el instinto de los celos le hizo adivinar que la salida de Luisa de casa de su madre y el hallarse establecida é independiente, como ella decía, eran obra de Arturo. Esto le ocasionó un dolor vehementísimo y se propuso apresurar la terminacion del negocio que tenia entre manos, á fin de volar al socorro de aquella jóven, á la que juzgaba mas imprudente que culpable. Disgustado de todo, dejó de frecuentar los paseos de Francfort, no cultivó mas relaciones que las de la familia del banquero, y deseando al mismo tiempo no abandonarse al profundo pesar que le devoraba y sostener un valor que por tantos motivos le era necesario, aprovechó los momentos que le dejaba libre el arreglo de las cuentas de la propiedad para entregarse á la lectura.

Luisa llegó á su casa maquinalmente y con la muerte en el corazon: el cartero del barrio entró al mismo tiempo, y la entregó una carta; al reconocer la letra dió un suspiro, porque la carta era de Antonio.

Aplicó la jóven ambas manos á su frente y cerró los ojos, como si la amenazase un nuevo dolor, hasta que al fin, haciendo un esfuerzo, abrió el papel y leyó lo que sigue:

«No me escribes, Luisa, nadie me da noticias de tí, y no puedo sufrir mas tiempo esta inquietud. Salgo de Francfort y recibirás esta carta pocas horas antes de mi llegada. He querido prevenirte de mi determinacion, temiendo que mi repentina llegada te impresionase demasiado»

«¿Cómo me recibirás, Luisa? Mi suerte va á decidirse, y tiemblo. ¿Dios quiera que mis sueños de felicidad se realicen!»

«ANTONIO.»

El efecto que produjeron en Luisa estas líneas fué terrible, pues la noticia de la próxima vuelta de Antonio era, en su angustiosa situacion, el golpe mas fatal que podía recibir. Su cabeza se trastornó al pensar que iba á encontrarse delante del hombre generoso y bueno á quien había hecho traicion; pues si hasta entonces solo había tenido que combatir contra



Corridas de trineos en Filadelfia.

su dolor, restábele el suplicio de publicar su vergüenza. Pronto cesó la incertidumbre de su alma, porque se resolvió a morir: terminando sus combates, se acabaron también sus sufrimientos; estaba loca, y ni su cuerpo ni su alma sentían los tormentos de la desesperación.

Hizo sus preparativos con calma, y como todavía le quedaban unas cuantas horas por suyas, quiso despedirse de las personas á quienes era deudora de muchos beneficios y de crueles angustias.

Al señor Randel, médico.

«La carta que os incluyó para vuestro amigo Antonio Larry os dará á entender la importancia del servicio que solicito de vos. Recibireis la presente á las ocho de la mañana, y Antonio llegará á las diez: salid á su encuentro é impedidle que se dirija á mi casa, en la cual presenciaria un lúgubre espectáculo. No le abandoneis; consoladle, y hacédele saber que yo no era digna de unirme á él y que no merezco un recuerdo suyo.

»Sé que cumpliréis mi deseo, y que no dejareis á Antonio entregado á sí mismo: por indigna que yo sea de su cariño, conozco lo mucho que me ama, y me asusta su desesperación.

»Si la gratitud de una desgraciada puede tener algún precio á vuestros ojos, acojed compasivo este testimonio de mi reconocimiento, y el cielo os bendiga por todo el dolor que logreis evitar al corazón de Antonio.

LUISA.»

A Antonio Larry.

«Cuando lleguéis, Antonio, os encontrareis sin mí: me es imposible soportar su presencia, y me refugio en el único asilo que me resta.

»He amado á otro hombre, y este me ha correspondido indignamente. Esto os lo explicaré todo; desgraciada y culpable para con vos, no tengo fuerzas bastantes para vivir, y aunque lamento el pesar que voy á ocasionaros, me consuela la idea de que será el último, y la de que mi muerte evitará tal vez otros mucho mayores. Yo soy un elemento dañoso en vuestra vida, Antonio: á fuerza de generosidad habeis amado mi pequeñez y mi fragilidad; pero estas hubieran al cabo detenido nuestra marcha; siempre seria yo un obstáculo para vuestra felicidad.

»Dios ha castigado justamente mis faltas humillando mi orgullo. Ahora es cuando reconozco cuánto os debo, y me avergüenza el haberlos desconocido tan largo tiempo. ¡Ah! Si yo hubiera sabido leer en vuestro corazón! Pero el mío era poco para amaros, y por eso me he perdido.

»No lloreis mi triste fin, Antonio, pues todavía voy á recurrir á vuestros beneficios: me disteis un asilo cuando no lo tenía, y ahora os pido una sepultura: hé aquí el regalo de nuestras bodas. Deseo que esa sepultura sea para vos un consuelo: cuando vuestro corazón esté triste, ireis á pensar junto á ella en el mucho bien que habeis hecho.

»Adios, hermano y amigo mío: lloro al escribir estas palabras, pero no de dolor, sino de agradecimiento. Quisiera que estuviérais aquí para arrodillarme á vuestras plantas y pedir vos vuestra bendición. No os suplico que me perdoneis, porque no se suplica á los ángeles que se muestren compasivos.

»Adios: vivid dichoso y tranquilo, y rogad al cielo por la desventurada

»LUISA.»

A Arturo Boissard.

«No te arrebathe la cólera cuando abras esta carta, Arturo, porque es la última que te escribo: tampoco seré, cuando la recibas, un estorbo para tus planes de engrandecimiento, porque estaré entre las manos de Dios, que decidirá de mi suerte.

»No muerdo porque te amo ni porque me has abandonado. He cometido una gran falta; he sido infiel á Antonio, al hombre que habia recibido mi fe: aun cuando prosiguieras amándome, seria desgraciada, porque el remordimiento acibararía todos mis placeres.

»No me compadezcas pues, Arturo; pero perdóname lo que hago, porque al fin dejó un mal recuerdo en tu existencia, y hubiera querido evitártelo... no he tenido fuerzas bastantes para vivir.

»Atiende mi último ruego: si encuentras en el mundo alguna jóven que te mire amorosa, ten compasión de ella y huye. Huye, Arturo, porque un trato inocente se convierte en una pasión. El hombre cree que puede jugar con el amor de una niña, y llega un día en que la mata sin querer. No hagás esto, Arturo, amigo mío; ama únicamente á la muger que hayas de amar siempre.

»Adios, Arturo; quisiera morir estrechando tus manos; pero esa seria demasiada felicidad: vive dichoso y amado.»

»LUISA.»

Luisa se sintió desfallecer después que hubo escrito estas cartas; habia gastado su resignación en ellas, y su alma, fatigada de la elevación en que se habia sostenido por un instante, volvió mas débil que nunca á entregarse al dolor.

Pasó pues súbitamente de la abnegación que habia dictado su lenguaje á las agitaciones de la desesperación. La proximidad de la muerte comenzaba á causarle ese delirio febril, que precede comunmente al momento supremo. Deseando acabar de una vez con la vida, y asustada al abandonarla, no poseia la conciencia de su propia voluntad; habia huido de su alma el libre albedrío, y sentenciada á muerte, no esperaba mas que la hora, pero la esperaba entre angustias y tormentos.

Llamó á una vecina y le entregó las cartas: en seguida entró en su alcoba, cerró la puerta y la ventana, y encendió el brasero que debía terminar sus dolores.

No detendremos nuestras miradas en aquel espectáculo, porque hay imágenes que el arte y la humanidad nunca deben presentar á la vista. Las siguientes líneas que escribió en un papel la pobre Luisa nos darán una idea de sus últimos pensamientos.

«Todo está preparado y el carbon despide llamaradas... Adios, Antonio... Adios, Arturo... Esta atmósfera me sofoca... ¡Qué horrible es morir...! Ah! Tengo miedo... pero ¿cómo he de recobrar mi valor? Me acomete la calentura... un círculo de hierro oprime mis sienas... No puedo mas... De rodillas... quiero morir de rodillas, implorando al Dios de las

misericordias que tenga piedad de mi alma... Arturo... yo te perdono.»

Randel no estaba en su casa cuando le llevaron la carta de Luisa, y no pudo salir al encuentro de Antonio: este llegó á la hora que habia indicado, y se dirigió desde la diligencia á casa de su prometida.

Entró en la habitación; pero se detuvo en la sala temblando al ver que no estaba Luisa: un presentimiento le hizo adelantarse hacia el dormitorio, cuya puerta estaba cerrada: quiso abrirla, pero resistió á sus esfuerzos. Al mismo tiempo oyó ruido en la entrada de la sala, y creyendo que era Luisa que habria salido y sin duda volvia de la calle, se acercó para recibirla en sus brazos: era Randel.

—Hé aquí lo que yo temia, dijo este involuntariamente; he recibido tarde su carta.

—¿Pues qué sucede? preguntó Antonio.

—¡Ah! No lo sabe...

—¿De qué carta hablas? ¿Qué quieres decir? ¿Está Luisa enferma?

—¡Enferma!... No lo sé... ¿No la has visto?

—No.

—¿Cómo! ¿No está aquí?

—A nadie he encontrado.

Randel se quedó aterrado; pero Antonio le agarró por el brazo exclamando:

—Dime lo que temes; ¿qué significa esa turbación...

He recibido una carta suya y tengo que entregarte otra.

—¿De Luisa?

—Sí.

—¡Escribime Luisa! ¿Para qué? Habla, Randel, dímelo todo.

Randel sin contestarle le alargó la carta; abrióla Antonio, y no bien leyó las primeras líneas, cuando arrojó un grito.

—¡Desgraciada!... ¡Desgraciada!... Pero ¿dónde está?

—Yo creia encontrarla aquí, respondió Randel.

—Ya ves que no está.

—¿Y allí?

Larry corrió á la puerta del dormitorio, la empujó de nuevo con desesperación, miró por el agujero de la llave, lanzó otro grito, y al mismo tiempo se abrió la puerta.

Randel siguió sus pasos, pero ya le vió de rodillas, abrazado al cuerpo inerte de Luisa.

—¡Muerta! gritaba como un loco.

—Tal vez sea tiempo de salvarla, dijo Randel.

Antonio se levantó y depositó á la jóven en su lecho, porque la esperanza le devolvía el valor. Randel empezó á prodigar á la jóven todos los auxilios que podían reanimarla, y durante algunos instantes reinó en la estancia el mas profundo silencio: al fin cesaron de pronto las tentativas del médico, y su amigo le miró desencajado.

—¿Qué me dices? le preguntó en seguida.

Randel examinó de nuevo el cadáver y respondió:

—Vete, Antonio, vete; yo te lo ruego.

El jóven estendió los brazos y cayó al suelo sin sentido.

XII.

Aproximábase la noche, y Antonio velaba solo junto al lecho fúnebre de Luisa, sin que todos los esfuerzos de Randel hubiesen logrado disuadirle de este propósito: quiso también acompañarle en su dolor; pero no lo consintió su amigo. Entonces fué cuando este comprendió la verdadera causa de la muerte de su amada, pues las últimas palabras que la infeliz habia escrito le revelaron todo el misterio de su pasión: sus temores no le habian engañado; el hombre que habia deshonrado á Luisa era Arturo Boissard.

En medio de su desesperación esperó una alegría febril, pues encontraba al fin la ocasión de justificarse de un odio instintivo, que siempre habia fermentado en su pecho. Guardó cuidadosamente la prueba que acababa de adquirir, y volvió á sentarse al lado de la cama de Luisa. La certeza de conocer al autor de sus infortunios apaciguó su impaciencia, y seguro de que le encontraría, olvidó por un instante sus ardientes deseos de venganza.

Habia cerrado la noche, y apenas se distinguían los objetos en la habitación: oyéronse pasos precipitados, y entró una persona en ella.

Antonio levantó la cabeza por una especie de presentimiento, aunque sin proferir una palabra. La persona que acababa de entrar se detuvo un momento, y dijo con acento conmovido:

—¡Luisa!...

Al oír aquella voz, Larry corrió hacia la puerta; Arturo y él se reconocieron al mismo tiempo.

—¡Ah! Dios te envía, exclamó Antonio.

—¿Dónde está Luisa? preguntó Boissard. ¿La has visto?

¿Se halla aquí?

—Aquí se halla.

—¿Pero dónde?... Luisa!.. Luisa!..

—No te responderá.

—¿Por qué? Yo quiero verla.

Antonio le cojió por el brazo, le arrastró hasta la cama, y separando bruscamente las cortinas, le dijo:

—Ahí la tienes.

Arturo lanzó un grito, se inclinó hacia la jóven, tocó su helada frente, y murmuró horrorizado:

—¡Dios mío!... ¡Muerta!

—¿No lo sabías?

—¿Estás seguro de que no vive? ¡Un médico! Que venga un médico.

—El médico ha venido y... se ha marchado.

—¡Con que es verdad! ¡Por qué he recibido su carta tan tarde!... ¡Desgraciado!

Arturo se golpeaba la frente sollozando; después se acercó de nuevo al cadáver de Luisa y cojió sus manos. Antonio hasta entonces habia ahogado su dolor y su cólera; pero no le fué posible reprimirse por mas tiempo; sus ojos despidieron llamas y gritó, crispando las manos:

—¡Boissard!

El acento con que fué pronunciada esta palabra hirió el alma de Arturo, quien miró á su discípulo y pareció acordarse que se encontraba delante del hombre á cuya prometeda habia perdido. Bajó la vista turbado y al mismo tiempo Larry le dijo:

—Ese cadáver me pertenece; respétalo.

Arturo volvió á mirarle con asombro.

—Sí, añadió Antonio con amargura: Luisa me ha dejado el encargo de su sepultura, porque conocía que no podía obtener ese legado. Un hombre bien nacido no debe ocuparse de los cadáveres de todas las jóvenes que han creído en su honor y que han muerto porque las ha abandonado.

—Perdono la dureza de tus palabras, Larry; he sido involuntariamente causa de tus penas; comprendo tus quejas, y las escuso.

—Es decir que me permites que te pida cuenta de tu deslealtad.

—¡Antonio!

—Me permites que publique que te has burlado de esa pobre jóven, porque era débil, porque estaba sola en el mundo, y porque con ella podías ser infame impunemente...

—Mira bien cómo hablas, Larry.

—Pues bien; después que me permitas decir todo eso, añadiré yo sin tu licencia que eres un cobarde... un cobarde, sí. ¿Lo has oído bien, Arturo Boissard?

—Te dejo la elección de armas... salgamos.

—Todavía no. Ya sé que matando al hombre que te desprecia, esperas matar el desprecio que inspiras; pero has olvidado que debo antes dar sepultura á ese cadáver. Ten paciencia, y deja que trascorra un día entre tus dos asesinatos.

—Basta de injurias: dime el día y la hora.

—Lo diré cuando acabe de cumplir con mis deberes.

—Esto es ya demasiado, exclamó Arturo dando algunos pasos hacia la puerta.

—¡Oh! No saldrás de aquí, le dijo Antonio interponiéndose y haciéndole temblar.

—¿Intentas violentarme?

—Es preciso que escuches lo que guardo aquí, en el corazón: quince años hace que he esperado este momento, porque era yo muy jóven cuando empecé á aborrecerte.

—Sin duda cuando mi madre empezó á dispensarte sus beneficios.

—Sí, entonces. Te admira esto, porque ignoras que un beneficio que no conquista cariño, engendra odio; pero yo lo he aprendido. Quince años he estado á tus pies; he temblado, he tenido vergüenza, y he sufrido en silencio durante quince años, lo cual te ha parecido muy puesto en razon. ¿Y por qué no era yo el bienhechor y tú el pobre? ¡Y estrañas que te haya aborrecido! El día en que nacimos, yo pobre y tú rico, éramos ya enemigos irreconciliables.

—Tú lo has sido mío, tal vez; pero yo nunca lo he sido, ni aun hoy lo soy tuyo.

—Te aborrezco, te aborrezco, y te lo declaro sin cólera. He sufrido por espacio de quince años todos los tormentos del infierno; por espacio de quince años he tenido paciencia y perseverancia, he trabajado, á pesar de haberme rechazado la sociedad por el único delito de ser pobre, y cuando me esperaba la felicidad, cuando iba á cojer el fruto de mis días sin placer y de mis noches sin sueño, se presenta un hombre dichoso por derecho de nacimiento, estiende hacia mí ventura su mano y me la arrebatata: ese hombre eres tú. Si tú me has robado la dicha fraudulenta y como un cobarde. ¿Ves ese cadáver? Ella era mi porvenir y mis esperanzas, y todo va á descender á la tumba. Al presen e solo vivo para vengarla, porque la vengaré, Arturo, la vengaré, y he de matarte antes de reunirme con ella.

La exaltación de Antonio se asemejaba tanto al delirio, que Boissard esperó un verdadero terror: Larry le miró y le dijo:

—Tienes miedo, miserable... tranquilízate, porque no profanaré este sitio derramando tu sangre.

—Te esperaré, murmuró Arturo dirigiéndose hacia la puerta.

Antonio no le contestó mas que con otra mirada, que expresaba un insultante desprecio.

CONCLUSION.

Dos días después de la escena que hemos descrito, varios jóvenes, entre los cuales se hallaba Randel, se habian reunido de madrugada en una de las mas sombrías alamedas del Thorbor. Boissard y Larry estaban á quince pasos uno de otro armados de pistolas. A una señal convenida partieron dos tiros, pero ninguno de ellos cayó: acercáronse los testigos del duelo y procuraron interponer algunas razones de conciliación.

—Volved á cargar las pistolas, les dijo Antonio bruscamente.

Hicieronlo así, y los dos adversarios se colocaron de nuevo en sus puestos: acto continuo dispararon.

—Tirais al aire, gritó Larry, adelantándose hacia Boissard. Este se llevó la mano á la mejilla y la retiró llena de sangre, diciendo:

—No puedo decir otro tanto de vos.

Los testigos se acercaron deseando poner término á aquel combate; pero Arturo añadió:

—No es nada, señores; la bala no ha hecho mas que rozarme la cara.

Antonio estaba inmóvil, pues la vista de aquella sangre habia helado la suya: por fin pronunció estas palabras:

—Caballero, no habeis disparado contra mí, y yo no soy un asesino: defendid vuestra vida, pues no ignorais que entre los dos media un odio que pide sangre.

—Ya veis, respondió Arturo, que no os escaseo la mia.

Antonio hizo un gesto de cólera.

—¿Con que os negais á darme satisfaccion? preguntó enfurecido á su contrario.

—De ningún modo; empezaremos tantas veces cuantas os plazca, contestóle este.

—¿Y tirareis al aire?

—Siempre.

—¿Por qué?

—Porque reconozco que os he ofendido cruelmente, y no quiero mataros.

—Decid mas bien que pretendéis imposibilitar el desafío.

—Volved á cargar las armas, caballeros, dijo Arturo á los testigos.

—Ya lo comprendo, exclamó Larry. ¿Quereis representar el papel de víctima haciéndome aparecer como verdugo! Ese es otro insulto y otra cobardía.

—Caballero, colocaos bien en vuestro puesto, porque yo estoy aquí para aguantar vuestro fuego, pero no vuestras injurias.

Antonio estaba fuera de sí, pues conocía que todas las ventajas de aquel debate estaban de parte de su adversario. Miró en torno suyo con indecisión, levantó la pistola que empuñaba convulsivamente, con intención de suicidarse; pero al ver que estaba descargada, la arrojó con ira y desapareció de la alameda.

Randel, que conoció su pensamiento, corrió tras él llamándole; pero Antonio le llevaba mucha ventaja; dirigióse al arbol de Antrin, y al abrir la trastienda de la viuda Larry, vió á su amigo sentado y escribiendo con rapidez. En la mesa había una pistola.

Randel se acercó á la mesa, y puso sobre ella el sombrero.

En seguida dijo á Larry:

—¿Con que quieres matarte?

—Antonio le miró con asombro; pero él añadió:

—Eres muy dueño de hacerlo y no vengo á impedirte. Como amigo podría proporcionarte un medio más rápido y seguro de quitarte la vida; pero antes quisiera saber las razones que tienes para obrar así.

—Y si no quiero referirtelas?

—En ese caso procuraré adivinarlas: quieres abandonar el mundo, porque no existe Luisa, y sobre todo porque Arturo no ha querido disparar contra tí; te empeñas en probar que no deseas deberle la vida. Pero todo en este mundo se hace con algún objeto. ¿De qué te servirá el suicidio? ¿Piensas vengarte así de Boissard? Precisamente vas á dar el paso que más pueda anhelar, libertándole de un enemigo que tiene derecho para despreciarle. ¡Buen modo tienes de vengar á Luisa! Creeme, Antonio, el suicidio es el acto más brutal del egoísmo llevado al extremo.

—Estoy cansado de vivir.

—Pues bien, te propongo el medio de que mueras como debe hacerlo un hombre de sentido y no como un loco. Consiente en conservar tu existencia por espacio de un mes, frecuenta la sociedad, admira los prodigios de la creación, las aves, las flores, el sol... y al cabo del mes vuelve á encontrarme con ese rostro sombrío, con esos ojos desecados y con ese deseo de morir que te acosa: juro en tal caso proporcionarte el medio seguro que antes he indicado.

Antonio meneó la cabeza.

—Ya sabía yo que no aceptarías, prosiguió Randel, porque temas que de aquí á un mes haya variado tu resolución. Lo que quieres es matarte por sorpresa aprovechándote de un instante de delirio para pronunciar una sentencia que condene tu voluntad. Quitando la vida á otro de esa manera, te creeras deshonrado. ¿Por qué pues tanta prisa contra tí? Si lo que haces es bueno, ¿por qué temes someterlo al examen de la razón y á la prueba del tiempo? Si es malo, ¿por qué no renuncias á tu propósito?

Antonio experimentó mil sensaciones diversas al escuchar los argumentos de su amigo; pero su corazón, henchido de amargura, quedó consolado; huyó de su estraviada imaginación el furioso pensamiento que la dominaba, y un torrente de lágrimas acudió á sus ojos y desahogó su corazón. Randel le abrió los brazos diciendo:

—Vivirás, Antonio!

Este se precipitó en ellos y respondió:

—Procuraré acordarme de tus máximas. He buscado la felicidad por muchos caminos; se la he pedido á la reputación, á la fortuna y al amor; pero todo ha huido de mí. Sin embargo ¡oh, Dios mío! yo te doy gracias, porque has hecho que aprenda en mis desventuras á llorar las de los demás.

—Y ahora, repuso Randel, olvida que he sido yo quien te ha hablado con tanta formalidad. Volvamos á representar nuestros respectivos papeles; el tuyo es noble y austero; el mío trivial. Adios, Antonio; vive feliz.

—Adios, Randel; espero que Dios se compadezca de mí. El te recompensa el bien que me has hecho.

Volvieron á abrazarse los dos amigos, estrechándose las manos tiernamente, y se separaron dirigiéndose una triste mirada que revelaba el profundo conocimiento que habían adquirido de las angustias y penalidades de la vida.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPITULO IX.

Diálogo por un ventanillo.

El ciudadano Chateaufeu seguía maquinalmente la primera senda del parque que se había ofrecido á su vista, y llegó á una especie de plazoleta, en la cual se juntaban varias avenidas, y cuyo centro ocupaba una robusta encina rodeada por un banco de piedra circular. En la muralla del parque se veía una puerta que se cerraba únicamente por medio de un cerrojo interior. Nuestro currutaco iba ya á separarse de aquel sitio, cuando oyó la voz de un cazador hacía la parte opuesta del muro. Aquella voz llamaba á los perros, y como la puerta que hemos mencionado tenía un ventanillo que permitía reconocer á cuantos se acercaban, el caballero de Chateaufeu trató de ver al cazador, que se acercaba á la puerta, y tosó con precaución. El otro siguió adelantándose, hasta que por fin se arrimó al ventanillo; Chateaufeu encontraba al cabo, y por una rara casualidad, una ocasión de hablar sin ser visto ni conocido, con aquel cazador, que era precisamente el capitán Raimundo.

—Es él en cuerpo y alma, dijo en voz baja, y sin duda viene á una cita. ¡Ah! No hay remedio: ha anunciado mi visita á la señorita de Rency, y yo soy el miserable juguete de estos dos enamorados.

Viendo el cazador que no se cerraba el ventanillo, entabló la conversación, diciendo:

—¿Sois vos, señorita? Hé aquí que se me presenta una ocasión favorable de saber de vos, sin faltar á la consigna que me he impuesto. No me es permitido veros en ese castillo hasta que mi suerte se decida.

El ciudadano Chateaufeu no se apresuró á responder, pues atribuía las anteriores palabras al deseo de tomar precauciones oratorias.

—No me la pega, murmuró: lo que quiere es saber si la señorita de Rency ha venido acompañada de su doncella.

—¿Estais sola, señorita? preguntó Raimundo.

—Sola... contestó el jóven, procurando imitar el acento de Elena y retirándose á un lado del ventanillo con el objeto de no dejarse ver.

—¿Y vuestro padre ofrece esperanza de recobrar pronto su salud? ¿Se halla más tranquilo?

—Sí, algo más tranquilo, repuso Chateaufeu.

—¿Y siempre implacable conmigo! ¿Siempre enemigo de la familia de Vitry y negándose á recibirme!...

—Siempre.

—En verdad que eso desespera cruelmente, y á no ser por el respeto que me inspira vuestra voluntad...

—¿Que hariais?

—¡Oh! Haria añicos esta puerta, volaria á arrojarla á los piés de ese desgraciado anciano y le haria una declaración completa.

—¿Una declaración!... ¿De qué?

—¿Y podeis preguntármelo, Elena? ¿Es posible que desconozcáis el entrañable cariño que os he jurado mientras dure mi vida?

—Vamos, dijo entre dientes el currutaco; no se atreve á pronunciar la palabra amor, y semejante respeto es una prueba indudable de que la adora.

—Se me figura, señorita, añadió el cazador, que ha llegado ya el tiempo de tomar un partido. Los acontecimientos se agolpan, y acaso me verá precisado muy pronto á abandonar mi retiro, para reunirme con mi general en jefe: sé positivamente, de una manera que no admite la menor duda, que debe desembarcar en Francia dentro de quince días.

—¡Hola! ¡Hola! pensó Chateaufeu; hé aquí noticias un tanto alarmantes, y si yo quisiera... ¿Con que sabeis... añadió en voz alta.

—Como os lo acabo de referir. Bonaparte desembarcará en un puerto poco notable de la Provenza antes del 15 de octubre próximo, pues todo está dispuesto para este fin. Ya conoceis, señorita, que yo debo hallarme á su lado no bien llegue á pisar el territorio francés.

—Pero, caballero, preguntó el astuto currutaco, ¿cómo habeis podido saber en vuestro retiro...

—Tardaria mucho tiempo en explicároslo, contestó el cazador. Podeis estar muy persuadida, señorita, de que tengo tomadas de antemano las más esquisitas precauciones, y que recibo en mi retiro informes segurísimos y precisos que me llegan de París, desde donde se siguen perfectamente todos los pasos de Bonaparte.

—Eso se llama tener la vista larga, respondió Chateaufeu, teniendo siempre especial cuidado de imitar en lo posible la voz de Elena. Cuanto acabais de explicarme significa que contais con agentes...

—Dios me libre de ellos, replicó vivamente el capitán. Yo no pertenezco á la policía, y por otra parte tampoco conspiro.

—Pero en ese caso ¿de qué modo lograis...

—Se explica muy fácilmente. Los enemigos del Directorio, que son en inmenso número y muy poderosos, no ignoran mi adhesión sin límites á Bonaparte, á quien todos desean y esperan como á un libertador: sus partidarios, que no descansan un instante, han llegado á descubrir el lugar de mi retiro, con más prevision y acierto que los esbirros enviados por Barras y sus colegas en mi persecucion, y sin que yo me mezcle en nada se esmeran religiosamente en enterarme de todo cuanto ocurre. Como prueba de lo que os afirmo os diré que esta misma mañana, hallándome en la orilla del Loira, se me ha acercado un hombre, que salió ayer de Orleans y caminó toda la noche, sin haberse detenido desde París hasta dicha ciudad más que para dar un pienso al caballo que montaba. Precisamente me ha sorprendido cuando estaba pescando salmon.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que Barras perdía completamente la cabeza. El orgullo le tiene desvanecido de un modo lastimoso, y cuanto más se aproxima el peligro más fuerte se cree contra la influencia que Bonaparte ejerce en los ánimos. Solo sueña con banquetes; olvida la responsabilidad de su cargo entre ruidosos placeres, y se da una vida de Sardanápalo, tal vez con el único objeto de aturdirse. Sieyes es mucho más prudente, y me instruyen de que no se manifiesta decididamente hostil al general en jefe del ejército de Egipto, asegurándome que si este llegase repentinamente á París, el célebre abate, hasta hoy su enemigo declarado, se pasaría á sus filas con el director Ducos, á quien maneja como se le antoja. Todavía van mucho más lejos los informes, pues se tiene por cierto que si un golpe de Estado militar derribase al Directorio, Sieyes y su amigo Ducos, después de haber presntado su dimision el día antes, irían al siguiente capitaneando al partido moderado á ofrecer á Bonaparte...

—¿Una corona? preguntó Chateaufeu con notable perspicacia.

—Otra cosa bastante parecida, señorita... Un consulado. Es decir que tendríamos tres cónsules, en vez de cinco directores.

—O tres ruedas para el carro, en vez de cinco. ¿Y os parece que con ellas caminaría mejor y más á gusto de todos?

—Poseeis un talento tan despejado como encantador, señorita, contestó el capitán Raimundo. Lo que creo firmemente es, que si Bonaparte llega al poder, caminará al carro perfectísimamente, sea cual fuere el número impar de sus ruedas.

—Lo que habeis espuesto acerca de Sieyes me admira, repuso Chateaufeu.

Para vencer la incredulidad de la señorita de Rency, observó Raimundo, bastará enseñarle cierta carta del puño y letra del mismo abate, y dirigida á un general influyente, amigo particular de Bonaparte. Precisamente la tengo en el bolsillo, pues dicho general me la ha remitido para que se la envíe al vencedor de Egipto, ó para que yo mismo se la entregue.

—De modo que conspirais...

—¡Yo! No por cierto, pero dejo que otros conspiren. Hé aquí la carta; la confío á la señorita de Rency, que es la depositaria de todos mis más íntimos y secretos pensamientos. Espero que tendreis la bondad de devolvérmela mañana...

—Pero, caballero, eso es pedirme una cita...

—Lo confieso, señorita... Mañana aquí... á la misma hora... Al fin, esta puerta permanecerá cerrada como hoy...

—Sea pues como lo queréis, respondió el currutaco.

Y al mismo tiempo una mano blanca se asomó apenas al ventanillo, cojió la carta entre las puntas de los dedos, y se retiró con viveza. Raimundo estasiado creía hallarse en el quinto cielo.

—Ahora, dijo Chateaufeu, debo hacerlos saber que he tenido una visita...

—¡Ah!... Ya caigo, exclamó el capitán... Mi amigo Chateaufeu... Hubiera querido evitaros... pero, señorita, era para mí una cuestión de delicadeza... Me había comunicado su proyecto, asegurándome que deseaba conoceros y pidiéndome estricta neutralidad por mi parte. ¿Debia hacerme culpable de una delación previniendoos?

—Sois un hombre leal, res, ondió el currutaco, respirando con más libertad, porque hasta aquel momento había temido llegar á saber que el capitán le había hecho traicion.

—Me tengo en efecto por caballero, señorita, repuso Raimundo. Pues bien, ¿qué pensais de Chateaufeu?

—¿Y vos, caballero? preguntó el jóven.

—¿Queréis que os lo declare francamente y sin rodeos?

—Sí.

—Tiene malísima cabeza y un corazón excelente.

—Bien, murmuró Chateaufeu: empiezo á vislumbrar que se librará probablemente de mi venganza.

—Estoy seguro, añadió Raimundo, que la señorita de Rency es ya el ídolo de mi amigo.

—Tal vez, caballero.

—Debeis convenir, señorita, en que difícilmente se encontrará quien posea un talento tan claro como el suyo.

—Y á pesar de eso le he desconcertado bastante.

—¿Seré bastante afortunado, que me refirais lo que ha ocurrido en tan estraña visita?

—Hasta mañana, repuso Chateaufeu, quien indudablemente tenía prisa de que terminase la conversacion.

—Hasta mañana, repitió el capitán, conociendo que no debía permanecer más tiempo en aquel sitio. ¡Ah! ¡Qué dichoso me habeis hecho durante este cuarto de hora! Permittedme que me atreva á solicitar de vos una gracia. Ya que me está prohibido divisar el adorable rostro de la señorita de Rency, ¿se dignará esta acercarse á la reja del ventanillo, no ya su noble y bellísima mano, sino el extremo de sus dedos de rosa?

El corazón del ciudadano Chateaufeu se deshacia de despecho y tal vez de dolor; pero era un corazón valiente á toda prueba, un corazón que se ahogaba y que al mismo tiempo aparecía tranquilo y sereno en medio de la más terrible borrasca de las pasiones. Raimundo no tardó en ver una mano que pasaba por el ventanillo; arrimóse á él, é imprimió sus ardientes labios en aquellos hermosos dedos de nieve, que al punto se retiraron con un movimiento convulsivo.

—¡Ah! sed bendita mil veces, exclamó el capitán, así como sois la más noble, la más hechicera y la más adorada de las mugeres.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando el ventanillo se cerró bruscamente: el pobre cazador tomó el camino del bosque que serpenteaba á orillas del Loira, con el objeto de dirigirse á su isla afortunada.

De este modo Coraly, bajo el disfraz de currutaco, llevaba la prueba irrecusable del amor que profesaba Raimundo á la señorita de Rency: de este modo también había adquirido involuntariamente un testimonio escrito, que podía perder al futuro esposo de su rival; porque la carta del abate hablaba de la confianza que le inspiraba el ayudante de Bonaparte y de todos los servicios que podía prestar en un movimiento miitar bien dirigido. En cuanto al riesgo que pudiera correr el abate Sieyes á consecuencia de la publicacion de su escrito, asunto era que ciertamente interesaba muy poco á la aturdida Coraly.

El caballero de Chateaufeu apresuró el paso para llegar al patio del castillo, donde encontró á Francisco con los caballos, y sin despedirse del pobre viejo marqués de Rency, cuya locura escitaba tanto su compasion, como asombro le causaba el carácter de Elena, montó á caballo y partió al galope dirigiéndose á la ciudad de Tours. En cuanto se apó en la fonda del *Faisan* ex-real, escribió apresuradamente un billete, y se lo entregó á un hombre de confianza para que lo llevase al pescador Antonio, pues este era el nombre que había adoptado el capitán.

El ciudadano Chateaufeu daba una cita en el *Faisan* para las nueve de la noche al capitán Raimundo, que con tanta ternura acababa de besarle la mano, después de haberle espetado por el ventanillo una declaración tan cándida y tan apasionada.

CAPITULO X.

Cena de despedida.

Eran las ocho de la noche, y en el patio de la fonda del *Faisan* se metía cierto equipaje en una silla de postas, con gran disgusto del hostero, que iba á perder un huésped muy distinguido. Entre las excelentes cualidades del ciudadano Chateaufeu sobresalía una, en alto grado eminente, á los ojos del propietario del *Faisan*: pagaba siempre la cuenta sin examinar sus pormenores. En efecto, una cuenta cualquiera era para nuestro currutaco una cifra, y esta cifra, grande ó pequeña, se traducía en bellísimos escudos ó en piezas de oro, cuando los asignados pasaban aun de mano en mano en el mundo comercial.

Aquella noche quiso cenar en su cuarto, y por lo tanto le pusieron la mesa con dos cubiertos. A juicio de todos los huéspedes del *Faisan*, significaba esta novedad que el caballero de Chateaufeu había hecho positivamente una buena conquista, aunque estrañaban que semejante acontecimiento se hubiese verificado pocas horas antes de su salida de Tours. Los maliciosos sin embargo se reían, suponiendo que el jóven había ocultado hasta entonces sus relaciones amorosas en el país, y dos ó tres lindas viajeras le criticaban de disimulado, porque no habían podido averiguar el nombre de la dama de sus pensamientos. Cada una de ellas le acusaban tal vez *in petto*, de ingrato, supuesto que se disponía á abandonar la ciudad, sin despedirse de la mesa redonda, en la cual era tan querido y admirado.

La última cena del caballero Chateauf-neuf en Tours debía ser una cita; ¡Y con quién!

Hé aquí la única cuestión que se debatía en el gran comedor del piso bajo, cuando se presentó de pronto en él un oficial de dragones de rigoroso uniforme y preguntó á un huésped:

—¿Podrías indicarme la habitación que ocupa el ciudadano Chateaufneuf?

Todos los semblantes espresaron una satisfacción general, pues la reputación del hermoso currutaco quedaba en su lugar correspondiente. ¡El objeto de su cita era un amigo, á quien esperaba á cenar! Las mugeres lloraban de puro enternecimiento, en tanto que el huésped interpe-lado cojió una bugia de la mesa y respon-dió al oficial:

—Capitan, deseo tener el gusto de gui-ros hasta el aposento de ese jóven, que ha llegado á ser nuestro amigo.

—Sí, sí, nuestro amigo, repitieron to-dos los huéspedes.

—Nuestro verdadero amigo, añadió una dama. ¡Qué elevación de sentimientos! ¡Qué carácter! ¡Qué delicadeza!

—¡Demonio! murmuró el oficial; hé aquí el entusiasmo que acompaña á los conquistadores.

No bien llegó á la habitación de Cha-teaufneuf, cuando este cerró la puerta. El capitan Raimundo y el currutaco se en-contraron frente á frente, como dos mi-nistros plenipotenciarios, que se dan la última cita, después de haber celebrado mil conferencias diplomáticas.

—¡Hola, capitan! exclamó el segundo: hemos abandonado el incógnito, supuesto que adoptamos ya el uniforme. ¿Se ha abierto la campaña?

—Sí, querido amigo, contestó Raimun-do; no quiero ser el último que vista el uniforme, cuando la patria necesita de sus defensores.

—Lo cual quiere decir que vuestro ge-neral ha desembarcado y que vais á reu-niros con él para reclutar regimientos y marchar á París.

—Tengo otros proyectos, y ya os he dicho que no conspiro contra el go-bierno.

—¿No vais á la Provenza á esperar á Bonaparte? Yo le su-pongo en Cerdeña, adonde ha arribado, después de atravesar milagrosamente por medio de los cruceros ingleses. El almirante Sydney-Smith es un solemne majadero.

—Teneis buenos informes, pero los míos son mejores.

—Sentémonos á la mesa; os ofrezco una cena de fonda de provincia.

—Y la acepto con mil amores, dijo el oficial descifrándose el sable.

Tomaron ambos asiento á una mesa elegantemente ser-vida, y despidieron á los criados, á fin de poder hablar con mas libertad.



Las cenas del Directorio.



Rico y pobre.—Luisa y Arturo.

—Veamos ahora dónde está Bonaparte en este momento, dijo Chateaufneuf. ¿A cuántos estamos?

—A 28 de setiembre, respondió el oficial: Bonaparte se halla en todas partes y en ninguna.

—Ha tocado en la punta de la isla de Cerdeña.

—Es verdad, querido amigo, pero después ha vuelto á tomar el largo.

—No podeis negar, señor diplomático, que vuestro general ha tenido que luchar contra los vientos para salir de las aguas de Egipto.

—Nunca niego los obstáculos, sea cual fuese su natura-leza.

—El almirante Gantheaume queria arribar á Ale-jandria.

—Pero Bonaparte se ha opuesto, y la escuadrilla ha proseguido su rumbo.

—Cierto, capitan, y esa escuadrilla se com-pone...

—¿Lo ignorais, ciudadano Chateaufneuf?

—No por cierto: de dos fragatas, la *Mairon* y la *Currere*.

—Y de dos goletas nombradas la *Revanca* y la *Fortuna*.

—Ese es un presagio feliz, capitan. ¿Sabeis que los dos estamos muy bien informados? Sin embar-go, confieso mi inferioridad respecto á un punto. Bonaparte ha desaparecido para mí desde que tocó en la isla de Cerdeña. ¿Dónde se halla ahora?

—¿Pretende el caballero Chateaufneuf sacarme las palabras del cuerpo?

—¡Villana suposición, capitan! Deseo instruir-me, y el Directorio carece de noticias.

—Y no le dareis las que yo pueda comunicaros, pues sois demasiado leal para representar seme-jante papel.

—Capitan, todo puede cansarme en el mundo, menos la senda del honor.

—Pues bien: hoy 28 de setiembre, Bonaparte fondea en frente de Ajaccio, para visitar la cuna de su familia.

—¿Qué sensibilidad! Y supongo que desde Ajaccio pasará el ilustre general...

—A Francia.

—¿Y el desembarco? ¿En Marsella? ¿En Tolon? ¿En Antibes?

—Lo ignoro: el águila nunca indica el punto donde va á caer.

—¿Y es un águila Bonaparte?

—Como vos sois un cisne, hermosa Coraly.

Este entusiasmo imprevisto cambió la situa-ción. En efecto, ya estaba Coraly cansada del papel y del nombre de Chateaufneuf, y observó con inde-cible placer la galantería de Raimundo, pues ella le recordaba ciertos días de ilusiones y de locas espe-ranzas.

Raimundo por su parte ignoraba lo que ha-bía acontecido en el castillo de Rency durante la

visita de su disfrazada amiga; lo que tenia por cierto era que había besado la bellísima hija del marqués guardaba la importante carta escrita por el director Sieyes.

Coraly no se apresuraba á desenga-ñarle y gozaba plenamente de las ventajas de su posición, pues podía atormentar al ros sentimientos conoía. ¿Quería empero vengarse? ¡Imaginaba contrariar la felici-tad de dos criaturas que se amaban! ¿Es-ya pronta á perder al capitan Raimundo, Elena?

No; Coraly no era muger que abri-gase tan viles sentimientos, á pesar de que los celos atormentaban cruelmente su desgarrado corazon.

Proseguian cenando y departiendo amistosamente acerca de los sucesos políticos de la época, cuando Raimundo dijo de pronto:

—Sabed, encantadora Coraly, que an-tes de que recibiese vuestra invitación, he tenido noticia de vuestra persona: su-pongo que en la visita extraordinaria que anoche os proponiais hacer, habeis con-seguido el éxito mas completo, y me figu-ro que me hareis la justicia de creer que no os he anunciado ni comprometido.

—Eso os ha valido mucho, capitan, pero ya contaba con vuestra lealtad.

—¿Y nada me contareis de esa visita?

—Nada, porque nada de particular ha ocurrido en ella. El loco marqués ha reco-nocido en mi persona al heredero de su mas antiguo amigo, y me ha presentado á su hija como su futuro esposo.

—¡Bah!... ¿Y habeis aceptado ese papel?

—Me lisonjeaba mucho. Además, he-mos evocado recuerdos de familia y mur-murado al mismo tiempo de todos los Vitry pasados, presentes y venideros. Os aseguro, capitan, que el marqués no es muy amigo vuestro.

—Ya lo sé, señorita, pero hubiera sido generoso de vuestra parte...

—¿Poneros en las nubes? Tiempo per-dido con un testarudo como el marqués: por otra parte, ¿no sois el rival de Cha-teaufneuf?

—Pues bien, habládme de vuestra futura esposa.

—De ningún modo.

—¿Por qué?

—Porque no deseo contribuir ni perjudicar.

—¿Qué rigidez de principios!

Al pronunciar estas palabras, se quedó pensativo el capi-tan y Coraly guardó silencio. Llamaron á la puerta suavemen-te; era el criado de servicio que entraba con los postres. Apenas se marchó, cuando los dos amigos prosiguieron su conversación, interrumpida en el punto mas interesante para Raimundo.

(Continuará.)



Rico y pobre.—Luisa.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.